

Supersticiones

Creencia popular:

Echar una pizca de sal por encima del hombro izquierdo, ciega al diablo y a los malos espíritus.

LA SAL

Sec. Única. Int. Restaurante. Día.

La tirita de tela que se ata a la rejilla del potente ventilador de aspas de acero se agita con energía mientras éste se mueve dibujando un imaginario arco.

Por fin se para. En sus aspas aparecen manchas de sangre espesa que gotean y las dos falanges de un dedo "anular" femenino con un importante anillo de compromiso.

Una bella mujer (26) aparece tumbada en el suelo. Algunos comensales, con los rostros salpicados en sangre miran atónitos la escena.

Un hombre (30 años), con la camisa ensangrentada y el rostro contraído por el horror, se agacha desconsolado a coger la mano ensangrentada y sin dedos que aun borbotean.

Sus ojos rojos denotan una irritación muy importante.

TRANSICION.- La cámara sube hacia la mesa cercana. La muchacha que yacía en el suelo es una mujer sonriente y feliz que se sienta a la mesa, de espaldas al ventilador.

Una música de "hilo musical" y algunos murmullos llenan el ambiente agradable y placentero.

Frente a ella el hombre que hemos visto agacharse parece nervioso e indeciso. Se mete la mano en el bolsillo de la chaqueta, como si fuera a sacar algo, pero retrocede ante la presencia del "maitre" que aparece repentinamente. Sonríe forzadamente.

MAITRE.- *Siento que se nos haya estropeado el aire acondicionado. Hacía años que no sacábamos los ventiladores.*

MUJER.- *(Sonriente). No importa... Se está bien.*

MAITRE.- Les puedo aconsejar unos aperitivos invitación de la casa, por las molestias.

HOMBRE.- Por favor... Usted mismo.

El "maître" hace una leve reverencia y se aleja llamando a uno de los camareros.

Nervioso, el HOMBRE, coge el salero del centro de la mesa y juguetea con él. Por fin, decidido, lo deja sobre la mesa y saca de su bolsillo un estuche de joyería.

El ventilador gira en su arco imaginario. La espalda de la MUJER cubre en gran parte que el aire llegue al centro de la mesa.

Ella lo mira expectante e ilusionada.

El "maître", a espaldas de la mujer, pasa con un carrito preparado para flambear algún postre. Mira con satisfacción la escena.

El HOMBRE alarga el estuche mientras lo abre a modo de exposición hacia la MUJER. En el recorrido de sus brazos, la manga de la chaqueta vuelca el salero que se abre y esparrama toda la sal por la mesa.

HOMBRE.- Vaya... ¡qué torpe soy!.

El "maître" coge el ventilador y lo acerca a espaldas de la mujer, pero en el traqueteo del viaje, al ventilador, se le cae la tapa protectora:

El HOMBRE coloca el anillo en su dedo.

MAITRE.- Enhorabuena señorita. (Acercando el ventilador) Disculpe señorita, solo será un momento.

La MUJER se vuelve ilusionada con la mano estirada dispuesta a mostrar su anillo al "maître"; pero el ventilador esta demasiado cerca y amenazante. La sangre salpica a los comensales.

Algún dedo se cuelga en el interior de la sopa de una señora emperifollada que se levanta espantada tirando el carrito sobre el que se apoya una sartén con las llamas que el "maître" acaba de encender.

Un camarero se apresura a colocar la tapa del ventilador mientras otro echa sobre las llamas su delantal blanco que acaba por ahogar las llamas del pequeño incendio.

El cuerpo inerte de la MUJER se desploma cayendo de su silla al suelo. Dejando libre que transcurra el aire del ventilador.

El ventilador hace volar la sal que se mete en los ojos del HOMBRE que grita de escozor mientras se restriega con los dedos.

La cámara vuelve al cuerpo inerte de la MUJER.

Un camarero a espaldas del HOMBRE:

CAMARERO: Perdón, señor...

El HOMBRE se vuelve.

El CAMARERO le entrega el dedo con el anillo de ella.

FUNDIDO A NEGRO

FIN

SOBREIMPRESO.

Todas las supersticiones tienen un razonamiento empírico.